

Borges a contraluz

Estela Canto

Espasa-Calpe. Madrid, 1989
286 páginas. 900 pesetas

ARC
2-XII-89

«**H**ABLO aquí del hombre vivo, del hombre que conocí», nos dice Estela Canto. Pero, ¿quién es el hombre vivo, el Borges vivo, el hombre universal en la hora de tener cien patrias y en la decisión «argentinitísima» de tener una sola y casi una sola inventada por él y para él? Si él pensaba que la patria «era una decisión», nadie tan decidido por la elección de su argentinidad. «En estas páginas tomo en cuenta la cara de la fatalidad —que él negaba, cotejándola todo el tiempo con la patria como elección que él reconocía», nos dice Estela Canto, que ha escrito un libro donde lo humano se aferra a unas poquísimas referencias, pero donde el Borges trascendente, el Borges total que cada uno de sus lectores ha creído poseer a su medida, sale originalmente trascendido.



Jorge Luis Borges

Si un hombre es todos los hombres, como a él le gustaba decir tantas veces, es verdad también que en el caso del autor de «El aleph», él es un hombre de todos los hombres, y cada lector suyo tiene su Borges, en su alma, o mejor, en su almarío, ya que Jorge Luis Borges era un creador de espacios li-

«Estela Canto ha escrito un libro donde lo humano se aferra a unas poquísimas referencias, pero donde el Borges trascendente, el Borges total que cada uno de sus lectores se ha creído poseer a su medida, sale originalmente trascendido»

terarios en cuanto era un hombre «todo él literatura». Ese microcosmos que él ofrece se abre en las manos de sus seguidores hasta horizontes imprevistos que pueden no terminar nunca por lo que tienen de posibilidades inconclusas y de invitación al mundo de los desconocimientos. Los detractores de Borges no son otra cosa que enemigos activos, nunca desdefiosos.

Estela Canto tuvo «la suerte» de conocerlo en los años tal vez más decisivos de su vida, los de su madurez como escritor, justamente aquéllos en los que él había dado un portazo a la crítica y había vuelto la espalda a todo el que no fuera capaz de ser tan crítico como él. De los cuarenta y cinco hasta los cincuenta y dos años, un hombre como él había afirmado su pedestal y se ofrecía como algo tan indestructible y dúctil a un tiempo que era muy difícil hacerle tambalear. Como esas ciudades construidas contra los temblores de tierra, él nos desafiaba con una estructura capaz de cualquier esguince, de cualquier sorpresa, de cualquier desconcierto para el estu-

dioso y hasta para el aficionado. Cuando Borges es tomado por Estela Canto como escritor «más original de la segunda mitad de nuestro siglo» seguramente está en lo cierto. Pensando, desde luego, que Borges es el escritor más originalmente «borgiano» de esa época. Y esto no es hacer un juego con las palabras, sino de una persecución desesperada en busca de una milagrosa identidad. Cuando Estela y Borges se conocen, en 1944, se encuentran en una sociedad elitista basada en cierta fe y dominio de lo cultural pero también de lo borgiano, que suponía «haber leído todos los libros» y, sobre todo, haber rechazado todas las posibles malas tentaciones. Los grupos de Bioy o de Victoria Ocampo se pasaban la antorcha de la cultura y también, cuando era preciso, la de la pedantería, que era un baluarte más que una exhibición. Llegar hasta Borges, viniendo «desde fuera», como le ocurrió a la autora de este libro, suponía una aventura digna de verse, pero había que hacerlo como ella lo hizo con la apariencia, al menos, de que se podía desertar en un punto cualquiera del encuentro. Nada más estimulante para Borges: nada también de mayor aliciente para sus tramados discursivos o de conducta.

Aunque no fuera verdad —y seguramente no lo era—, Estela Canto nos dice: «Yo no lo impresioné a él ni bien ni mal. Cuando Adolfo nos presentó, me tendió la mano —aquella mano de huida premeditada— con aire desatento e inmediatamente dirigió sus grandes ojos celestes en otra dirección. Era casi demasiado cortés. E inesperado». La mujer, por su cuenta, finta despiadadamente: «Borges era regordete. Yo había oído que Borges no era exactamente buen mozo, que ni siquiera tenía un físico agradable. Sin embargo, estaba por debajo de lo que yo hubiera esperado. En aquellos días yo daba por supuesto que los hombres tenían que impresionarse conmigo»... Y los encuentros de la pareja se alternan entre acercamientos superficiales y confidencias prematuras. Borges estudia siempre; Estela aparenta ser un oyente sin mucho interés en cada una de las clases.

El hombre expone en un juego donde no todo evita la blandura y hasta la cursilería. Le juzgará —en inglés—, y para que ella oiga, no precisamente del todo: «La sonrisa de la Gioconda y los movimientos de un caballito de ajedrez». A veces canta de plano: «Casi lloré esta mañana al pasar por el Parque Lezama —y esto en una carta—» Otras veces, sus fortunas misteriosas en el terreno de la poesía. Escrito al dorso de una fotografía, que expresamente se mandó hacer en Santiago del Estero: «... Por este soñoliento / enlace de numéricas palabras que te digo, / acuérdate de Borges, tu nadador, tu amigo». Pero, ¿sería Borges un «tramposo», como la autora de este libro afirma? ¿Un tramposo en sus cartas, un tramposo en sus amistades, un tramposo en su literatura? ¿Sería Borges un tramposo que se hacía trampas a sí mismo, que jugaba en falso para acabar ganando de verdad? ¿Es una trampa más afirmar que, por lo menos en un momento de cada día de su vida ha sido completamente feliz?

José GARCÍA NIETO
De la Real Academia Española